

"Una visita artística", en
Revista de Santiago, tomo I,
Santiago, 1872. pp. 448-452.

UNA VISITA ARTISTICA

NICANOR PLAZA

Hace apenas unos cuantos años llegó a Chile por primera vez la nueva de un gran triunfo artístico alcanzado en Paris talvez por uno de sus hijos mas desconocidos entónces. El jóven que habia tenido la audacia, el talento i la fortuna de alcanzar ese triunfo espléndido en uno de los mas grandes palenques del arte universal, disputándolo palmo a palmo a reputaciones que ya tenian un trono, a jóvenes rivales que tenian sobre él la ventaja de haber nacido i crecido en medio del arte, contemplando dia a dia las obras mas admirables del jénio antiguo i moderno, habia sido enviado a casa de Jouffroy por cuenta del gobierno chileno a estudiar la escultura.

Alguien habia adivinado una chispa en el cerebro de ese jóven, i se habia decidido a enviarle a aquel glorioso taller. Nuestro futuro gran artista sabia ya despertar la fé que inspiran desde su cuna los talentos superiores.

Naturalmente el triunfo de Plaza, o mas bien dicho el triunfo de Chile, no fué entre nosotros un acontecimiento. El arte era entónces ménos todavía de lo que es ahora: una revelacion para mui pocos, una incomprendibilidad absoluta para la mayoría. Se hubiera comprendido i admirado la victoria de un doctor en leyes, pero la de un escultor!

I esta indiferencia era hasta cierto punto escusable. Santiago no habia visto hasta entónces mas monumento de arte que la pila de nuestra plaza de Armas i Plaza era ademas el primer estatuario que producía la República. Habia, pues, necesidad no de dar a conocer sus triunfos sino lo que era el arte i lo que significaban sus victorias.

El sentimiento doloroso que experimentaría el joven escultor al ver la indiferencia de su patria debió ser inmenso: es preciso imaginarse lo que serán esas vijilias del talento que persigue un nombre para comprender la sublime dicha con que debe recibirse el bautismo de gloria despues de tantos afanes. Plaza debió atravesar con su mirada los mares i las cordilleras que le separaban de su patria, debió vivir un momento con su espíritu en ese hogar querido, que ni los placeres ni las desgracias pueden hacer olvidar, para consagrarle su triunfo i su porvenir.

Plaza tenia, pues, el doble atractivo del talento i de la desgracia cuando tuvimos el honor de presentarnos en su casa.

El estudio de un artista tiene para todo admirador del arte un encanto respetuoso. En aquellos salones, grandes o pequeños pero bien iluminados, se respira una atmósfera que eleva nuestro espíritu i nos hace pensar o soñar.

Nada mas encantador que el desorden que ahí domina. Un divan, unas cuantas butacas, pocos libros pero con muchos grabados, paisajes, retratos, marcos esperando una tela o trozos de mármol esperando el cincel inspirado del artista para convertirse en forma encantadora e inmortal; todo cubierto con un poco de polvo desdeñoso que esplica la indolencia de su dueño.

I no se necesita tampoco de otra cosa: esos personajes de mármol que fijan nuestra mirada no exigen para vivir mas que de nuestra admiracion i de la gloria; cuando eso falta, la indiferencia o el descuido quebra un brazo o troncha una cabeza.

El creador de todo aquello no tardó en aparecer, i estrechándonos las manos con esa franqueza simpática del artista, nos mostró sus modelos de yeso i las pocas obras de mármol en trabajo; pues hemos llegado felizmente a un grado tal de progreso artístico, que obra terminada es obra salida del taller i muchas veces disputada con entusiasmo. Solo así se comprende no haya mucho que admirar en el taller de nuestro inteligente i fecundo escultor, desde que casi todas sus obras figuran en las galerías de nuestros ricos particulares.

Sin embargo, en medio de la sala esperaba los últimos pulimentos una bonita figura de actitud i formas voluptuosas: era una bacante. Algunas hojas la cubren lijeramente i esto es quizas lo único que pueda reprochársele a esa graciosa figura. Son tan suaves i delicadas sus modulaciones que la vista desea estenderse siguiendo sin obstáculo todas las líneas. Pero el artista ha querido sacrificar un poco la franqueza del dibujo teniendo presente los obstáculos opuestos por nuestras costumbres a un arte consagrado especialmente al culto de la for-

ma desnuda. Seria de sentir, sin embargo, que esa condescendencia se convirtiera entre nosotros en una lei escultural, pues ello influiria de un modo desventajoso en el estilo i orijinalidad de nuestros artistas.

No sucede lo mismo con la Eva, a nuestro parecer la mas atrevida de las creaciones de Plaza i tambien la mas hermosa, i casi diriamos, la mas perfecta de sus obras; pues aun cuando el cabello oculta algo a las miradas profanas se ha hecho con tal naturalidad i abandono que aparece como casual.

Nuestros jóvenes artistas pueden disipar sus temores inspirándose en las antiguas esculturas, pues aun cuando el arte moderno, embriagado con sus triunfos, tiene a menudo en nuestros dias juicios desdeñosos para ellas, es preciso confesar que encuentra siempre en esas viejas obras reglas severas i supremas que se ve obligado a observar. La pintura moderna ha podido abandonarse a todos sus caprichos; pero no así la escultura, que mas austera i ménos impresionable, por ser mas reducido el mundo de su contemplacion, ha tenido que resistir al contagio de sus malos ejemplos. Privada la escultura de las ventajas i de los encantos del colorido, el relieve de la forma la ha conducido forzosamente a la verdad: verdad que no consiste para ella ni en la espresion de la vida ni en la agitacion de las pasiones. ¿De qué manera podria llegar a ser entónces la escultura una sublime manifestacion del arte? Solo por la verdad, la belleza i la gracia.

Pero volviendo a Eva, que habíamos dejado olvidada en el paraíso... ella es, segun nuestra humilde opinion, una de las mas bellas esculturas de Plaza.

Eva aparece en ese momento de súbita i terrible revelacion que es natural tuviera despues de su dulce condescendencia. Su cabeza parece todavía envuelta en una nube de incertidumbres i de dudas; i su mano, levantada a la altura de su frente, parece querer duleificar los rayos de una verdad que hieren su vista. El momento elejido i la actitud vagorosa de la pecadora son bellísimos.

La primera mujer debe haber sido tambien la mas bella; así parece haberlo comprendido el artista; i el cuerpo de Eva es de una gracia i perfeccion admirables. Todas sus líneas tienen una suavidad i pureza delirante, i si algo pudiera criticarse seria talvez el sentimiento un tanto mundano que despiertan.

Eva es una creacion que tiene mas de divino que de humano. Toda la vida i el amor de ese primer ángel caído está envuelto en una poesía soñadora. Su pasado sin familia, su belleza indescriptible como obra perfecta, su estadía en el paraíso, su amor, su caída, su castigo i la noche misteriosa que la ha ocultado, todo hace de ella la mas in-

cróible i poética de las realidades. Eva es poco ménos que un ángel, pero indudablemente mucho mas que una mujer.

Por eso, lo repetimos, si algo pudiera criticarse a la hermosa obra de Plaza, seria talvez la falta de una acentuacion mas marcada de poesía o de sublimidad en su rostro. Es un error creer que hai mas verdad en la ciencia del arte que en la poesía del arte. La poesía es la espresion de una idea i por esto mismo está mas cerca de la verdad que la ciencia, que toma siempre su punto de partida de hechos variables o fujitivos. La jeneralidad no comprende o no conoce las leyes científicas del arte; pero sí puede percibir los signos de la armonía sensibles a la vista del mas profano, i cuando esa armonía le seduce i toca las fibras mas delicadas de su espíritu, proclama bella i magnífica la obra de arte que tiene delante de su vista.

Por eso, para poder abarcar i comprender de una sola mirada toda la misteriosa personalidad de Eva, el artista debió ser mas poeta acentuando todavía mas en la frente de su estatua el destello ideal que debia simbolizarla.

Pero mas humana o ménos humana, Eva es siempre la obra de un escultor de talento, i el asunto que el artista ha escojido para formar su actitud ha sido una verdadera inspiracion.

I no es esa la única inspiracion feliz a que Plaza ha dado forma i vida en el mármol o en el bronce; su hermosa estatua de Caupolican goza todavía de mucho mas celebridad que su Eva.

Es esto una injusticia imperdonable.

Talvez las simpatías que inspira el héroe araucano por sus fabulosos hechos, que constituyen para nosotros una gloria nacional, ha predispuesto los ánimos i los gustos a su favor.

Si se considera el carácter de la belleza propia de la raza araucana, se encuentra mucho de duro i de anguloso en la fisonomía de los hombres. Nada mas guerrero i altivo que ese tipo de indomable valor. La hermosura de las mujeres no recuerda tampoco la flexibilidad i distincion aristocrática esparcida en los rasgos fisonómicos, sino la idea de plenitud de formas duras i pesadas. Preciso es, pues, confesar que ese tipo no es el mas a propósito para inspirar el sentimiento de la belleza tranquila i armoniosa de las grandes líneas.

Plaza, lo decimos con franqueza, no ha simbolizado en su Caupolican el tipo de esa raza particular; es verdad que la fiereza del rostro araucano está algo apagada por una ténue suavidad, pero ella es tal, que a medida que debilita algunos rasgos fisonómicos, hace resaltar con mayor impulso la fuerza de los otros.

Un poco de ménos suavidad en el rostro i mas impreso en su frente el sello de indomable altivez, i Caupolican habria sido la personificación de una raza i una completa victoria para el arte.

Hecha esta crítica, tanto mas disculpable para el jóven escultor cuanto que su araucano fué trabajado en Paris i creemos que sin haber visto jamas a un araucano, no podemos ménos de aplaudir con entusiasmo los hermosos detalles de esa obra académica. Pasaremos por alto el reproche que se hace a Plaza de haber puesto aros i vestidos con plumas a su héroe, faltando de esta manera a la verdad histórica; pues Caupolican jamas usó semejantes atavíos desde que nunca fué ese el traje de su raza. Es esta una licencia poética o mas bien una licencia escultural que bien puede perdonarse sin pecar de demasiado jeneroso i tolerante, tanto mas desde que Paul Veronés ha vestido a los personajes de sus Bodas de Canáan con el traje de la época de Francisco I.

«El Jugador de Chueca», estatua en bronce del tamaño natural, es una preciosa i orijinal escultura; despues de Eva, es la obra de Plaza que revela mas imajinacion i talvez la que deja entrever una personalidad mas marcada.

No creemos necesario repasar una a una, como en un catálogo de esposicion, las obras de nuestro primer escultor nacional; i segun juicios severos de hombres competentes, del único escultor que esta jóven América del Sur puede poner frente de Power, el otro gran artista del mismo jénero que ha producido la América del Norte. Pero no podemos pasar en silencio el Amor Cautivo, graciosa figura que tiene mas que ninguna otra obra de Plaza una acentuacion ideal; ni sus hermosos bustos, entre los que hai algunos que verdaderamente sorprenden por el parecido i la delicadeza de la ejecucion; ni sus admirables encajes i ramilletes de flores, asuntos, es verdad, mas curiosos que esculturales, pero que dan a conocer al artista que busca las dificultades del dibujo para dar una prueba de su destreza; aunque desearíamos no verle emplear jamas horas preciosas en esta falsa direccion del arte.

Elevacion de la idea escultural—tal es lo que pedimos a nuestro gran artista i amigo. ¿A qué hacer una bacante, por mas graciosa que ella sea, cuando con ese mismo cincel puede personificarse con mejor éxito quizás, una idea grandiosa que eleve el espíritu del que la contemple? Las rosas disimulan mui mal los abandonos voluptuosos, i el artista no debe olvidar que la perfeccion ideal i la poesia verdadera no pueden alcanzarse sino haciéndose la espresion de la razon i el sentimiento de todo lo que hai de grande i bello en el mundo.

VICENTE GREZ